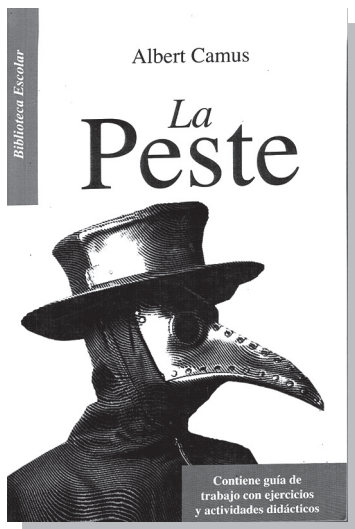


Biblioteca Universitaria, vol. 23, núm 2, julio-diciembre 2020, pp. 316-318.
DOI: <http://dx.doi.org/10.22201/dgbsdi.0187750xp.2020.2.1150>



CAMUS, ALBERT

La Peste

Época Nuevo Talento, México, 2018, 253 pp. ISBN 9786078473823

En estos tiempos en que la humanidad experimenta la pandemia de la COVID-19, provocada por el virus SarsCov2, *La peste*, publicado originalmente en 1947, es un libro que se antoja digno de ser explorado o reexplorado por jóvenes y no tan jóvenes con el objetivo de apreciar y entender que este tipo de contextos no son del todo nuevos en la historia de la humanidad, incluso algunas situaciones no han cambiado y siguen vigentes.

En este caso, el escritor franco-argelino Albert Camus usa como escenario la ciudad de Orán en Argelia, África del Norte. De hecho, esta ciudad ha sido a lo largo de su historia testigo de diferentes tipos de gobiernos extranjeros o posesión de distintas potencias, ya sean españoles, turcos o franceses; justo en esta última experiencia colonial es que el autor localiza en el tiempo esta novela. Igualmente relevante es el reconocer que la población oranesa ha visto pasar diversas epidemias y posiblemente por ello el autor decidió retomar esta localidad.

Asimismo, los cambios demográficos que ha experimentado esta población nos permiten visitar a través de esta obra una Orán diferente a la que se podría encontrar hoy en día. Es decir, en *La peste* se puede percibir un ambiente mayoritariamente europeo, con nombres franceses y españoles, entornos religiosos católicos y una urbe africana que guarda una identidad local, pero particular. De esta forma, Camus no duda en adentrarnos a su naturaleza mediterránea, su puerto, sus calles, sus ruidos, su iglesia e incluso al olor del mar. Hasta cierto punto, la Orán *camusiana* se ha transformado para dar lugar a una ciudad con una identidad más bereber, pero que sigue haciendo sonar los ecos de un relato que se ha convertido en un texto clásico.

Es en este contexto geográfico, delimitado temporalmente por la década de los años 40 del siglo XX, el ganador del Premio Nobel de literatura de 1957 comienza su historia ubicándonos en el entorno de Orán. Y es de destacar que si bien hay varios personajes y cada uno aporta parte de su propia experiencia personal, el más importante es un doctor, Bernard Rieux. De hecho, llama poderosamente la aten-

ción que sea a través de la experiencia de un galeno que se describa no sólo la peste, sino también la evolución de las distintas interacciones humanas.

Hay que recordar que, de acuerdo a la Real Academia de la Lengua Española, la medicina es: “*Conjunto de conocimientos y técnicas aplicados a la predicción, prevención, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades humanas y, en su caso, a la rehabilitación de las secuelas que puedan producir.*” Para otros diccionarios puede ser considerada una ciencia que estudia la vida, la salud, las enfermedades y la muerte. En resumen, pareciera que la medicina es el arte de curar enfermedades, y de cierta forma así es. Sin embargo, hay que recordar que si bien la medicina es un conocimiento que se podría entender como parte de las ciencias exactas, la epidemiología –como tratado de las epidemias– es un conocimiento que se nutre de las ciencias sociales, pues el contagio de epidemias nace de la interacción entre los seres humanos y entre los seres humanos y los animales. De ahí que el conocer una epidemia a través de un médico no signifique solamente entender parte del comportamiento de una enfermedad, sino de cómo ésta afecta las relaciones sociales de un conglomerado de seres humanos. Si hay algo que las personas hoy estemos “reconociendo” más vívidamente durante esta pandemia del siglo XXI es el hecho de que la salud no es sólo la ausencia de enfermedad, sino que tiene que ver con un espectro mucho más amplio de situaciones y circunstancias en la vida de los individuos.

Tal vez es por ello mismo que Camus busca plasmar y hacernos reflexionar sobre una enfermedad, la sociedad y la muerte. Pero no sólo desde el retrato literario que construye a partir de los ruidos de la ciudad, de la iluminación de las calles, de la temperatura durante el día, de las interacciones en los parques o de los pequeños cuadros que delinear la rutina de algunos ciudadanos, sino a través de la exploración de la naturaleza de la libertad individual y lo que significa durante una epidemia; el primero un elemento que distingue al estilo *camusiano*. De esta forma, la religión es evocada como uno de tantos medios para poder sobrellevar la situación, sin embargo con límites en su discurso reconfortante frente a una tasa de mortalidad que aumenta y se abre paso en medio de los muros erigidos por la clase social, el estatus y las divisiones profesionales.

Con este propósito, la descripción de los acontecimientos se hace desde el enfoque de un reporte, un reportero o alguien que procura retratar la epidemia lo más objetivamente posible, aunque cae en la intersubjetividad. No se pretende sólo registrar muertes o incrementos y decrementos, sino tener dos versiones: la técnica y la versión de la gente, las historias y lo que piensan los protagonistas. De hecho, pese a que la visión de Camus pareciera tender a la negatividad, lo cierto es que muestra una esperanza en la personas, en la solidaridad que nace de la calamidad.

No hay que olvidar que una epidemia como fenómeno social pasa por la discriminación, por los flujos de información dudosa, por la (des)confianza hacia las autoridades, por las medidas de cuarentena –confinamiento hoy en día– y termina por la aceptación de la muerte. *La peste*, en ese sentido, muestra las prácticas oranesas de segregación, la percepción de la pobreza y la riqueza, y las alteridades. Hoy en día la Organización Mundial de la Salud acuña el término *infodemia* para describir la desinformación sistémica dentro de los medios de información electrónicos y su dispersión, empero este tipo de fenómenos comunicacionales no son para nada nuevos.

Como tampoco son nuevas las medidas de confinamiento, no obstante que en este escrito no se trata sólo de quedarse en casa, se refiere a una ciudad que debe ser sellada, con intercambios de cualquier cosa con el exterior muy restringidos y con una movilidad individual externa completamente suspendida. No

se trata de quedarse en casa y trabajar en ella, más bien de vivir un confinamiento colectivo, complicado para los habitantes locales y sumamente duro para los visitantes de ocasión que tuvieron la mala fortuna de estar en el lugar equivocado en el momento menos propicio, en una urbe comercial que conoce un intenso movimiento de personas y mercancías por tierra y mar, ahora detenido, y que se ve disminuida a una especie de jaula.

En este contexto, las autoridades estatales muestran duda, ineficacia por la sorpresa, poca prevención, bastante improvisación y, pese a ello, una convicción de seguir adelante teniendo en cuenta los límites de sus propios recursos humanos y materiales. Por último, tal vez no haya aspecto más perturbador que la muerte de personas en un número tan elevado que precisamente desborde las capacidades públicas y privadas, de ahí que sea difícil hacerse a la idea; lo interesante es que se termina por consumir de cierta forma. Los ritos funerarios se modifican, las prácticas para disponer de los cadáveres se transforman y la entrada a los cementerios se prohíbe, tanto por razones sanitarias como para hacer más digerible este tránsito.

Justamente, todos estos aspectos retomados por el narrador son parte de una reflexión más profunda que Camus informa en esta novela. No hay duda de que La peste es un clásico, no por contar una experiencia sino por ayudarnos a reflejarnos en ésta y más en los tiempos que vivimos. Conjuntamente, este libro es una suerte de homenaje a los trabajadores de la salud, a su trabajo y a su sacrificio. Imperdible, innegable y releíble por su importancia y actualidad. ■

JACOBO SILVA PARADA

Becario posdoctoral del Programa Universitario de Estudios sobre Asia y África.
jacobosp@comunidad.unam.mx

